

tan magnífica, tan elevada y superior al modo humano de espresarse, nos consta que, para Dios, querer es operar; hablar es criar; mandar es verificar prodigios.

Pero conviene no engañarse, nos advierte San Basilio, y no hay que tomar en el sentido material la palabra « Dios » no hay que figurarse que Dios depositó su pensamiento en un sonido de voz, ni que tuvo necesidad de pronunciar una palabra físicamente articulada para declarar su voluntad y hacerla ejecutar. Todo el que abrigase idea semejante injuriaría a la Majestad suprema comparándola con el hombre, como lo efectuaron los poetas. Segun los verdaderos principios de la fe cristiana, el *decir* de Dios, el *mandar* de Dios, es el cumplir el primer movimiento de su inteligencia, su Verbo, pues por el Verbo todo lo ha hecho Dios. Tal es el modo en que Dios habla (1).

Pero sea cual fuere el modo de hablar propio de Dios, ello es cierto que Dios habló ó manifestó su VERBO, produciendo, por su eficacia infinita, la luz y todos los seres. Y si Dios habló y manifestó su Verbo, es de toda necesidad suponer que seres inteligentes hallábanse presentes, los cuales oyeron su palabra y recibieron esta manifestacion. Nada hay mas cierto: estos seres inteligentes eran los millones de millones de ángeles que Dios había ya criado, cuya creacion, segun el dictamen de todos los Padres y de todos los doctores de la misma Iglesia, comprendió Moisés en la palabra CIELO que crió Dios antes de todo: *In principio creavit Deus cælum*; esos mismos ángeles que, segun Job, asistieron á la creacion y aplaudieron la obra del Criador. Así, en presencia de los ángeles, articuló Dios (séame lícito expresarme de este modo) y manifestó esa grande palabra que crió instantáneamente la luz: *Dixit: Fiat lux; et facta est lux*. Pero, mientras que Dios les daba á conocer el maravilloso efecto de su Verbo, les revelaba este mismo Verbo, no solo en su origen eterno, sino tambien en los misterios que debía Dios operar en el tiempo, al hacerse hombre; al paso que por las diferentes obras á que

(1) « Non vocalibus organis cogitata committens. Fabulosum est enim dicere Deum ad suas cogitationes declarandas tali circuitu indigere. Magis pius est, primum motu intelligentis imperium Verbum esse Dei. »  
*Hom. III.*

daba cumplimiento Dios en el orden de la naturaleza, les presentaba bajo simbolos materiales, las obras aun mas admirables, que debía cumplir mas tarde, por este mismo Verbo, en el orden de la gracia. Y por la fe y adoracion de los misterios de este Verbo que debía encarnarse, misterios que tenían á la vista en figura y profecia, los ángeles, como ya lo he probado precedentemente (Conferencia IX, § 6), tambien fueron salvados y admitidos á la vision beatifica, á la gloria de Dios.

En efecto, al decir Dios: « Hágase la luz » al disipar Dios, por este solo VERBO, las tinieblas y criar la luz material, en el momento de la creacion del mundo físico, cumplió un acto que, segun un magnífico pasaje de San Pablo, figura á este mismo Dios el cual, en la época de la redencion del mundo, debía, por este mismo Verbo hecho hombre, por la predicacion de su doctrina, disipar las tinieblas espirituales del mundo moral, los errores, y criar la luz de la verdad y de la ciencia divina: *Deus qui jussit de tenebris lumen splendescere, ipse illuxit in cordibus nostris, ad illuminationem scientie claritatis Dei, in facie Christi Jesu.* (II Corinth., IV.)

8. Mas adelante continúa Moisés su historia en estos términos: Dios dijo: Hágase el firmamento, » y se hizo el firmamento: *Dixit: Fiat firmamentum; et fecit firmamentum*. Dios dijo despues: Produzca la tierra yerba verde, y que dé simiente; y plantas fructíferas que den fruto conforme á su especie, y así se verificó al instante: *Et ait: Germinet terra herbas viventem et lignum fructiferum; et factum est ita.*

Dios dijo asimismo: « Haya lumbreras ó cuerpos luminosos en el firmamento del cielo, que distingan el dia y la noche, » y por esta sola palabra hizo Dios el sol, la luna y las estrellas: *Deus fiant luminaria, et dividant diem et noctem; fecitque Deus duo luminaria, et stellas.*

Pero detengámonos un instante en estas últimas palabras: « Dios dijo, é hizo el sol y las estrellas, » pues son tal vez las mas magníficas, las mas grandiosas de esta admirable narracion. El sol es ese inmenso cuerpo luminoso, ese cuerpo de fuego, un millon y trescientas mil veces mayor que la tierra, como ya lo hemos dicho. (Conferencia XIV.) Las estrellas son, como ya hemos dicho igualmente (mismo paraje), esos milla-

res de soles, el mas pequeño de los cuales es novecientos mil veces mayor que nuestro globo, al centro de otros tantos sistemas planetarios, de otros mundos, como el sol es el centro, la estrella de nuestro sistema, de nuestro mundo.

¡Oh cuán grandiosa y sublime es en su sencillez esta frase : « Dios DIO, é hizo el sol y las estrellas ! » Ella sola nos enseña que la formación de todos estos cuerpos tan maravillosos por su magnitud, por su número infinito, por sus admirables movimientos, por sus armonías indecibles, no costó á Dios mas que una sola palabra pronunciada con una especie de indiferencia : « Dios dijo, é hizo la luna y las estrellas. » Convenid que Moisés no podía indicar mejor la ausencia de todo trabajo, de todo apuro, de toda titubeo, de toda dificultad de parte del Criador, en el cumplimiento de sus grandes obras, y su plena confianza en la sabiduría de sus designios, en la energía de su voluntad, en el poder de su palabra.

A excepcion del hombre, que, en razon del augusto personaje de que era figura, Jesucristo, fue criado de un modo particular, Moisés nos dice que las criaturas salieron de la nada del mismo modo, por un acto de voluntad del Criador.

Bastándole el DECIR : « hágase la cosa, » hizo Dios todas las cosas; estos es, Dios todo lo hizo hablando á su manera, por su Palabra, por su Verbo; de modo que la historia de la creación por Moisés es el trabajo anticipado de esta gran palabra de San Juan : « Todo ha sido hecho por el Verbo y nada fue hecho sin él. » Así ambos estos escritores inspirados, á dos mil años de distancia uno de otro, se hablan mutuamente, se entienden y se responden; el Génesis es el prólogo del Evangelio, como el Evangelio es el complemento del Génesis; y estos libros sagrados se iluminan entre sí, se explican uno por otro, y ambos concurren al mismo fin, á la gloria de Dios é instruccion y salvacion del hombre.

Tambien San Pablo comenta admirablemente la historia de la creación del modo siguiente : « Dios llama ó da ser á las cosas que no son, del mismo modo que conserva á las que son : *Vocat ea que non sunt, tanquam ea que sunt.* » ¡Oh ! ; cuán bella, cuán magnífica, cuán sublime es esta palabra ! Palabra que nos muestra á Dios (si es lícita la expresion) vertiéndose fuera de sí mismo, fuera de los límites de su rea-

lidad sin límites, presentándose á orillas de la nada, hablando á la nada, y la nada oyendo la palabra divina como si tuviese oído, obediéndole como si tuviese inteligencia, y presentándose ante Dios como si se tuviese una realidad : *Vocat ea que non sunt, tanquam ea que sunt.* (Rom., iv.)

9. Pero nada iguala en belleza y en magnificencia la traducción, el resumen que vemos en David de toda la historia de la creación. ¿ Quereis saber, nos dice, como existe el mundo ? Voy á deciroslo en dos palabras : « Dijo DIO » y todo fue hecho. Dios MANDO, y todo fue criado : *Dixit, et facta sunt. Mandavit, et creata sunt ;* » ; Como rebosan de sentido y discurso estas palabras ! En efecto, del modo mas rápido nos enseñan que, si es atributo del hombre hacer poco á poco lo que hace, y aun deshacerlo á menudo para volverlo á hacer bajo otro plan, bajo otras proporciones ; si es atributo propio del hombre necesitar tiempo, meditacion, paciencia y trabajo, como tambien mil medios y mil instrumentos, para dar cumplimiento á sus obras ; no tuvo Dios necesidad, para hacer las suyas, para hacer el mundo, de trazar de antemano planes, formar diseños, hacer estudios, combinar elementos, arreglar piezas, medir las distancias, calcular los pesos, balancear las fuerzas ; no tuvo la menor necesidad de examinar, de corregir cosa alguna del plan infinito que habia formado en su infinita sabiduría ; nada tuvo que añadir, nada que cereenar, cuando realizar quiso ; sino que todo le era conocido perfectamente de antemano. No se vió obligado á dar pulimento á sus obras, ni tuvo que preparar hoy la materia de los cuerpos celestes, y mañana su forma ; sino que, en el momento mismo de su creación, tuvo el cielo sus ángeles, el firmamento sus esferas, la tierra sus capas estratificadas, el sol su esplendor, las estrellas sus movimientos, así como la yerba sus semillas, los árboles sus frutos, los animales su edad madura ; todas las cosas tuvieron al mismo tiempo su principio y su fin, su bosquejo y su complemento ; halláronse perfectas en sí misma y en armonia con el fin y perfeccion de todo ; y que, basto una señal dada por Dios, un abrir y cerrar de sus ojos, una palabra de su boca, un acto de su voluntad, para que, del abismo de la nada, saliesen todas las criaturas tan acabadas, tan coordinadas unas con otras, tan perfectas

como las habia imaginado la inteligencia divina, y decretado la voluntad eterna : *Dixit, et facta sunt. Mandavit, et creata sunt.*

Estas mismas palabras nos enseñan que la inmensa máquina del universo comenzó á jugar y á efectuar sus complicadas funciones, en el mismo instante en que fueron fabricadas sus diferentes piezas; y que, si desde seis mil años hasta el fin previsto por la voluntad suprema continuará obrando esta inmensa máquina, sin la menor necesidad de compostura, sin que jamás la menor de sus piezas componentes pueda salir de su lugar, ni quiebrarse el menor de sus resortes; es porque, como lo observa San Basilio, las órdenes primitivas de Dios no fueron solamente creaciones, sino tambien leyes impuestas á la naturaleza (1), que trazaron á todos los seres las reglas invariables que debieron seguir, las condiciones segun las cuales deben moverse y perpetuarse, y porque las cosas una vez hechas, lo son para siempre : *Ipsé dixit, et facta sunt; ipse mandavit, et creata sunt.* (Psalm. xxxii.)

Por último estas mismas palabras nos enseñan que la materia y sus propiedades, las causas y sus efectos, las fuerzas y sus resultados, los elementos y los cuerpos compuestos, los principios y sus consecuencias, todo, en una palabra, salió de la misma mina, tuvo el mismo origen, la misma razon, la la misma base, el mismo principio; que todo ha sido un pensamiento de la inteligencia de Dios, un eco de su palabra realizándose en la nada; que el ideal del mundo salió completo y entero de la inteligencia divina, como el hecho brotó completo y entero del sonido de su palabra; que no ha habido intervalo entre la causa y el efecto, la palabra y la cosa, el mandato y el cumplimiento de este; en términos que el mismo instante que oyó la divina palabra, vió su ejecución inmediata, completa y perfecta : *Dixit, et facta sunt. Mandavit, et creata sunt.*

10. ¡Oh! ¡cuán nobles, cuán sublimes, cuán magnificas son las fórmulas santas de la Escritura sagrada por las cuales nos revela el dogma de la creacion! La majestad de estas pa-

(1) « Vox illa tum emissa ac primum illud præceptum lex nature evasit. » (Hom. V.)

labras, decia San Basilio, deslumbra mi espíritu, aplasta mi imaginacion, paraliza mi lengua, y me impide hablar : *Orationem meam admiratio hujus sententiæ sistit.* (Hom. iii.) Pero en qué consiste que á todos no causen el mismo efecto en qué consiste que todos no las comprenden y admiran en el mismo grado? Voy á deciroslo, añadía el Doctor citado : No hay oreja humana que sea digna de la grandeza de estas palabras divinas : *Ecquis auditus magnitudine eorum quæ dicuntur, dignus est.* (Hom., i.) Y como los filósofos, los incrédulos, los espíritus vanos y orgullosos, poseen únicamente un oído material, solo lo humano entienden, solo lo humano perciben en vez de lo divino; desventurados á que alude la Escritura cuando dice que escuchan sin oír, tienen los ojos abiertos sin ver : *Videntes non vident, audientes non audiunt neque intelligunt.* (Math., xiii.) Para bien escuchar las palabras de Dios, es preciso poseer lo que llama el profeta el OÍDO DE LA OREJA : *In auditu auris obediunt mihi.* (II Reg. xxii.) Y este OÍDO DE LA OREJA es el oído de la fe, esto es, el oído dócil y obediente de las almas sencillas que buscan sinceramente la verdad, de los hijos de Dios, y que los vuelve discípulos de Dios aptos á penetrarse de la enseñanza divina : *Et erunt docibiles Dei.* (Joan., vi.) Tambien Santo Tomás hace esta bella é importante observacion : que no pudiendo el entendimiento humano comprender cosa alguna en este mundo sin una mezcla de fantasmas materiales, y sin volverse á los fantasmas que le vienen por los sentidos, halla sin embargo, al someterse á la enseñanza de la fe, la inmensa ventaja de encontrar en ella fantasmas nuevos, é infinitamente mas puros que la masa de los hombres; en términos que la razon humana se purifica y se eleva por la revelacion divina (1).

De ahí procede la frialdad, la indiferencia, la insensibilidad estúpida, y estoy por decir brutal, con que lee el incrédulo esa historia divina; y, al contrario, el santo júbilo, el arrebatado, el arrobamiento, la dicha inefable que os animan al escuchar esta narracion. En efecto, al incrédulo, lo grosero de su oreja, la materialidad de las formas de su inteligencia, solo

(1) « Intellectus humanus, in statu præsentis vitæ, nihil videt sine phantasmate; non intelligit, nisi convertendo se ad phantasmata. Per revelationem novis et purioribus phantasmatibus utitur ratio. »

le permite ver el trabajo humano, y nada comprende; mientras que vosotros, por la delicadeza de vuestra oreja cristiana, por la pureza de las imágenes que contempla vuestra inteligencia, y aun mas por el fervor de vuestros corazones, distinguís, reconocéis el dialecto, el acento de Dios, penetrandoos de su sentido elevado é inmensa extensión. Regocijaos pues de la suerte que os cabe, y puesto que — os diré en nombre y con la palabra de Jesucristo, — puesto que teneis una oreja excelente para oír, escuchad aun, escuchad siempre: *Qui habet aures audiendi, audiat*. Sí, almas simples y piadosas, escuchad siempre, escuchad incesantemente, os dice San Basilio, esas palabras de verdad, cuyo fin no es la alabanza de los que las oyen materialmente, sino la salvación de las almas de los que las escuchan para instruirse (1); y, despues de haber admirado la magnificencia del dogma de la creación, admiremos la filosofía de este mismo dogma: tal será el asunto de mi segunda parte.

## SEGUNDA PARTE.

11. No solamente los cristianos, sino los mismos paganos que llegaron á leer nuestros Libros sagrados, los consideraron como el depósito de la mas antigua y sublime filosofía. Pero esta filosofía verdadera, — porque divina, — forma uno de los caracteres principales de la Biblia, y en ninguna parte brilla con mas fulgor que en lo tocante á la creación. Cada frase, cada palabra de la Biblia relativa á objeto tan grandioso, presenta á todo espíritu que sabe leerla, el sello de una razón elevada, de una profunda sabiduría, de una filosofía capaz de satisfacer, y causar profunda admiración en un verdadero filósofo.

Va hemos visto cuanta grandeza y magnificencia contiene la palabra que de si mismo pronunció Dios al decir: Yo soy

(1) « Audiamus verba veritatis... quorum finis non est laus audientium, sed eorum qui docentur salus. » (Hom. I.)

EL QUE SOY. Examinemos ahora su lado filosófico. Desde luego tenemos una demostración completa, patente, sin réplica, que Dios pudo criarlo todo de la nada; pues como ya hemos visto, *eriar de la nada es dar el ser*. ¿Cómo pues? El calor solo tiene necesidad de si mismo para producir el calor, la luz á nada tiene que recurrir para producir la luz, la ciencia á si misma se basta para producir la ciencia; y ¿acaso necesitaria de algo mas que su voluntad el SER INFINITO para producir seres finitos? Para dar su ser sin dividirlo, ¿acaso necesitaria de algo mas que de su ser, el ser completo, el ser absoluto, el ser universal, el ser necesario?

En segundo lugar, nos dice San Agustín: AL QUE ES SOBERANAMENTE, nada puede ser contrario sino lo que NO ES: *Ei qui SUMME EST non esse contrarium nisi quod NON EST*. (De Natur. Boni, c. 19.) Luego si « EL QUE ES » es el nombre propio de Dios, el nombre incommunicable, inaplicable á otro que Dios, síguese que el que no es Dios no puede decir: « Yo soy EL QUE SOY, » y que, fuera de Dios, no se puede decir de ser alguno: « Es. » En otros términos, fuera de Dios, no hay ser alguno que tenga el ser como Dios; nada fuera de Dios, posee el ser de un modo esencial y absoluto; nada fuera de Dios, es en realidad, sino en tanto que Dios, al darle el ser, lo ha hecho ser; sino en tanto que EL QUE ES, el que tiene el ser en si, esto es Dios, se digna concederle el ser fuera de si, haciendo que sea lo que no era; sino en tanto que ha sido criado por Dios. Luego todo lo existente, el universo entero, y todos los seres del universo, el universo y su materia, sus formas y movimientos, su orden, sus armonías, su belleza, solo existen recibiendo el ser de Dios, por la gracia de Dios; luego todo ha sido criado por Dios, y Dios solo es el autor y criador de todo.

Pero démonos prisa en demostrar la filosofía de las primeras palabras por las cuales nos ha sido revelada esta creación.

12. La palabra de Dios se dirige solamente á los ánimos dóciles, á los corazones rectos, á las almas sencillas que no piden al hombre que las instruyan de la verdad divina: *Et cum simplicibus sermocinatio ejus*. (Prov. III.) Como Moisés escribia tan solo para esta especie de lectores, habla el caudillo hebreo con esa seguridad que le daba su misión superior, con

el aire de un profeta, con la actitud de un ángel que sale de escuchar á Dios, con el tono majestuoso, imponente del mismo Dios; y como el eco fiel de esa voz que hizo temblar el Sinai; si bien no quiso darse la pena de tomar ciertas precauciones, de andar con contemplaciones con ciertas susceptibilidades, de amplificar sus palabras. Pero á la Iglesia y al mundo debia no decir cosa alguna que fuese contraria á la razon, sin perjuicio de decir cosas superiores á la razon; debia precisar el dogma y establecer la verdad de este hecho inmenso de Dios, de manera á cerrar la puerta, á no dejar lugar, en la serie de los tiempos, á las dudas de la verdadera razon, de la razon recta, de la razon racional, de la razon sana. Tal es lo que, observa San Ambrosio, ha desempeñado Moisés con gran satisfaccion de la razon así como tambien de la fe. ¡ Oh ! ¡ Cuán bello, cuán cuerdo, cuán sabio es el orden de su narracion ! Empieza Moisés por poner fuera de toda duda, por establecer, con un tono tanto mas imponente cuanto que es sencillísimo, la gran verdad que, en la serie de los tiempos, debian contraer los hombres el hábito de negar. Recuerdales y les da á conocer el cronista sagrado el origen del mundo, para que los hombres no pudiesen pretextar ignorancia al creer que el mundo no tuvo origen. Pero, al revelarles el origen del mundo, les revela igualmente Moisés el origen de la materia, el origen de toda criatura; y de este modo prevé y vuelve inexcusable el error de creer á la materia no criada, coeterna, igual, consorte del ser divino (1).

Al decir que solamente desde aquel instante empezó la serie de los seres fuera de Dios, y que todo fuera de Dios tuvo un principio, pues nada, antes de aquella época, habia empezado, ni el cielo ni la tierra, esas dos partes del universo que conocemos, que nos pertenecen, que nos tocan, que nos impresionan; al decir que, antes que las hubiese hecho Dios, no eran de modo alguno, no existian en ninguna causa material, no tenian ninguna realidad preexistente, y que la crea-

(1) « Quam bonus ordo ! ut illud primum assereret quod negare consueverunt homines, ut cognoscerent principium esse mundi, ne sine principio esse mundum arbitrarentur. Dedit ergo principium mundo; dedit etiam creaturæ infermem materiam, ne anarchon, ne increatum et divinæ substantiæ consortem crederemus. »

cion ha sido el principio del principio de todo lo que no es Dios, el manantial, la causa inicial, el primer anillo de la cadena de los seres criados extendida en la inmensidad del espacio, en las profundidades de la nada; Moisés indicó que no solamente las formas, el orden, la armonía de los seres universales, sino la misma materia tuvo un principio; y por el hecho mismo, excluyó la hipótesis absurda de la eternidad de la materia, de la cual, segun la razon irracional, se sirvió Dios para construir y dar forma al mundo.

Observad igualmente, hermanos míos, que, en el texto original, la palabra *crió* se halla colocada ante la palabra Dios. Ahora bien, observa San Basilio, este orden, esta trasposicion de palabras encierra su belleza, su filosofía. Empieza el historiador sagrado por esta palabra: « En el principio, » y por ella previene el error de los que mas adelante hubieran podido pensar que el mundo no tuvo *principio*. Coloca inmediatamente despues Moisés la palabra « *crio*, » *fecit*, y por ella nos da á entender que lo que ha sido hecho es una parte pequenísima de lo que puede hacer el gran Artífice, el menor acto de su poder. Pero si el mundo tuvo un *principio* y fue hecho, es natural que se desee saber cual es el principio del mundo y quien lo ha hecho. Pues bien, para que nadie se pierda en conjeturas, en hipótesis absurdas inventadas por la razon humana, Moisés coloca, en tercer lugar, la palabra Dios, *fecit Deus*; y, completando la frase por este grande, excelente y sublime nombre de Dios, imprime el profeta este nombre augusto en nuestro espíritu, como un sello que acusa la verdad de lo escrito, como un antídoto contra todos los errores humanos (1).

Pero aun mas enérgico y aun mas explícito es San Ambrosio con respeto á esta misma trasposicion de palabras. Al poner Moisés, la palabra *Dios* despues de la palabra *crió*, añade el gran arzobispo de Milan, parece querer decirnos: « Mirad

(1) « Quam pulcher ordo iste ! Primo apposuit *PRINCIPIMUM*, ne qui mundum « principio expertem esse opinarentur. Deinde adjecit *FECEIT*, ut ostenderet « res conditas minimam esse potentie opificis partem. Sed si mundus et « *principium* habet et *factus* est, inquiris : quis sit ejus *principium* ? et quis « illius sit conditor ? Ne forte, si humanis inquiras imaginationibus a veritate « aberres ; præstantissimum Dei nomen, tamquam sigillum et antidotum in « animis nostris, impressit, dicens : *DEUS*. » (Hom. I.)

la tierra sentada ya en su base, mirad el cielo extendido en toda su inmensidad, mirad el mundo hecho ya. ¿Qué grande es, qué variado, qué hermoso, qué admirable! Contemplad una obra incomprensible. ¿Pero quereis acaso conocer el artífice que dió en el mismo instante, á cada una de las partes de su obra, su principio, su fin, su perfeccion? Este supremo artífice es Dios, y nada menos que Dios: *Creavit Deus*. En la palabra Dios reside la razon de todo, la causa de todo. Todo lo dice, todo lo explica la palabra Dios. Esta sola palabra basta para satisfacer toda razon racional, prevenir todas las sutilezas, confundir todos los sofismas, responder á todas las objeciones, resolver todas las dificultades; pues Dios significa el Ser omnipotente, y el Ser omnipotente todo lo pudo hacer de la nada. Al oír decir que Dios es el que hizo el cielo y la tierra, no hay que titubear sino someterse; no hay que discutir sino creer (1).

Escuchemos lo que, sobre este mismo punto, dice Santo Tomás: en ambas estas palabras, el *cielo* y la *tierra*, se hallan contenidos, dice, todos los seres criados, todos los cuerpos y materias. Así, al decir: « En el principio, crió Dios el cielo y la tierra, » Moisés nos muestra que Dios crió inmediatamente, por sí solo, y sin ninguna materia preexistente, todos los cuerpos, como igualmente todos los espíritus (2).

Todo poder, añade Santo Tomás, necesita, para producir su efecto, un tiempo tanto mas corto, cuanto mayor es este mismo poder. Segun que el poder es mayor ó menor, cumple, mas ó menos rápidamente, sus operaciones. Pero el poder infinito no guarda proporcion con sus efectos; é infinito en su virtud, no lo es menos con respeto al tiempo que necesita para operar. Decir y hacer es la misma cosa para un poder infinito, y lo que, por creacion es producido, no pasa por grados, no tiene sucesion de tiempo, sino, al contrario, se verifica en un instante (3). Tal es cabalmente lo que nos da á conocer Moisés

(1) « Pulchre ait; *In principio fecit Deus*. Miraris opus? quæris operatorem? quis principium tanto operi dederit? quis tam cito id fecerit? Fecit Deus. Audisti auctorem: dubitare non debes. »

(2) « Ut ostenderet corpora omnia immediate a Deo creata, dixit Moyses: « In principio creavit Deus cælum et terram. »

(3) « Major virtus agit in minori tempore. Quanto major est virtus, tanto

por esta sola palabra: « Dios crió; » esto es, que la formacion del cielo y de la tierra fue efectuada en un instante, así como fue operada por un solo acto.

Pero acordaos que, aun en nuestros dias, hay filósofos que, al paso que admiten que Dios es la causa del mundo, se atreven á afirmar que Dios no hizo voluntariamente el mundo; sino que este es un efecto necesario de la causa divina, así como la sombra es el efecto necesario de un cuerpo, y una antorcha encendida causa necesaria de la luz. Para disipar de antemano error tan grosero, que á Dios niega la libertad de la creacion, observa San Basilio, que empieza Moisés por estas palabras: « En el principio crió Dios el cielo y la tierra, » palabras que evidentemente excluyen toda sujecion, toda necesidad de parte del Criador, palabras que, en su divino lacónismo, nos dicen que Dios dió voluntariamente origen al mundo, para darse á conocer como el ser bueno, por lo útil de su creacion; el ser poderoso, por su grandeza; el ser sabio, por la belleza de su obra (1).

15. ¿Pero porqué no dice Moisés que Dios *crió* de la nada el cielo y la tierra? Porque la palabra hebréa *Bara*, que emplea el historiador sagrado en esta circunstancia, y que nuestro intérprete traduce por la palabra « crió, » significa cabalmente *hacer algo de lo que no existia*, esto es, *de la nada*. Si Moisés hubiese dicho: Dios crió DE LA NADA, *creavit ex nihilo*, hubiera hecho uso de una palabra supérflua, inútil, que hubiera disminuido el esplendor, la majestad de la palabra *crió*, sin añadir cosa alguna á la extension infinita de su significacion, ni á la claridad del pensamiento que señala. Si Dios *crió* el cielo y la tierra, solo *de la nada* pudo criarlos; pues criar es hacer algo de la nada: *Creare est aliquid de nihilo facere* (Santo Tomás).

Lo cual es tanto mas cierto, dice Tertuliano, cuanto que, en las ocasiones en que Dios hace algo de algo, la Escritura

« minus est tempus. Sed potentie infinitæ ad finita nulla est proportio; ergo nec temporis. »

(1) « Quia quamplures causam mundi Deum esse fatentur, sed non voluntariam, perinde atque corpus umbræ et res quæ illuminat splendoris causa est; errorem hujusmodi corrigens Propheta, hoc verborum delectu usus est, dicens: In principio, etc. Uti bonus, fecit quod utile est, uti sapiens quod pulcherrimum est. Uti potens quod maximum est. » (Hom. I.)

sagrada nos lo indica del modo mas claro. Así nos dice el divino texto que los árboles y las plantas fueron el producto de la tierra; los réptiles y las aves de las aguas; el cuerpo del hombre del cieno; y su alma del soplo misterioso de Dios. Y como la Biblia, continua el gran doctor africano, nos dice de qué fueron formadas ciertas criaturas siempre que de algo ya preexistente fueron formadas estas mismas criaturas, si-guese que, cuando no nos dice de qué fue formada una cosa, nos enseña del modo mas claro que esta misma cosa fue formada de la nada. Así, no indicándonos de qué fue formada la luz, nos da á conocer de un modo indubitable que la luz no existe en la materia, y que no es una propiedad intrínseca de esta y de los cuerpos luminosos, pues los cuerpos luminosos no fueron criados sino hasta tres días despues de la creacion de la luz; y vemos en el sagrado texto, que la luz, la criatura mas bella, mas admirable, mas maravillosa, la mas espiritual de todos los seres materiales, fue el producto de la nada.

Así pues, el no decirnos la Escritura sagrada de qué formó Dios el cielo y la tierra, nos indica suficientemente que Dios los crió de la nada; pues si Dios los hubiere formado de una materia preexistente, claramente no lo hubiera indicado la divina palabra. Pero no nos lo ha dicho, porque no podía decirnos lo que no era. ¿Qué medio queda pues de engañarse y creer que de algo fue hecho aquello de lo cual no nos dicen las sagradas páginas que fue hecho de algo? Por consiguiente me inclino, concluia Tertuliano, ante la majestad de los Libros santos; y adoro este pasaje que, al enseñarme las cosas hechas y el gran Hacedor de las cosas, me enseña al mismo tiempo y del modo mas lato como fueron hechas estas mismas cosas (1).

A otros profetas dejó Moisés el cuidado de comentar su gran palabra: « Dios crió. » y explicarnos, de un modo mas explícito, el mundo criado de la nada. Mas adelante, introducirá el Espíritu de Dios, inspirador de los Libros santos, á Job indicándonos la tierra reposando sobre la nada; á David afir-

(1) « Hoc ipso quod non ostenditur ex aliquo factum, manifestatur ex nihilo factum. Adoro Scripturæ plenitudinem, que mihi et Factorem manifestat, et facta. »

mando que los cielos no tienen mas base ni mas principio que el poder de la palabra de Dios; á la madre heroica de los Macabéos, alentando al martirio á su hijo menor por estas palabras: « Ruégote, hijo mio, que mires al cielo y á la tierra. » y á todas las cosas que en ellas se contienen; y que entien-das bien que Dios las ha criado á todas de la nada, como « igualmente al linaje humano (1). » Vendrá luego San Pablo diciéndonos que Dios crió el mundo en virtud de esa palabra omnipotente que habla á la nada como si hablase al ser, y que las cosas que no son salen de lo que no es, con la misma facilidad que otras cosas salen de lo que es (2).

Pero, al principio, debia hablar la Escritura como ha hablado; y era esencial que las primeras palabras del Libro sagrado llevasen, de un modo marcado, el carácter, el sello de la inspiracion divina, del lenguaje de Dios articulado por el hombre; y por consiguiente la obra mas maravillosa, la obra mas complicada, la obra inmensa de la creacion, debia ser anunciada á los hombres en los términos mas sencillos, mas claros, mas cortos, mas precisos, sin explicaciones, sin comentarios, que hubieran tenido por efecto hacer menguar el lenguaje de Dios hasta el nivel del lenguaje humano. Solo por estas palabras sublimes á fuerza de su simplicidad: « En el principio crió Dios el cielo y la tierra, *In principio creavit Deus cælum et terram;* » solo por palabras tales podia ser anunciada de un modo conveniente la creacion del mundo, de una manera digna de la grandeza y majestad de Dios su autor. Convenid pues, hermanos míos, que este modo de empezar el sagrado texto es tan filosófico como majestuoso.

Nada es igualmente mas filosófico que esta palabra: « El espíritu de Dios era llevado sobre las aguas. » Observad bien, nos dice San Cipriano, que, segun el historiador sagrado, el Espíritu de Dios *se cernia*, por decirlo así, sobre *las aguas*, pero *sin mezclarse á estas*; y, por su texto, Moisés refuta de antemano el error de aquellos que profesan que *Dios es alma sustancial del mundo, comunicándose personalmente á las*

(1) « Peto, nate, ut adspicias ad cælum et terram, et ad omnia que in eis sunt, et intelligas quod ex NIHILO fecit illa Deus. » (Mac., lib. II, c. 7.)

(2) « Vocat ea que non sunt, tamquam ea que sunt. »

*cosas materiales*, mostrándonos el cronista inspirado al Espíritu de Dios como el dispensador generoso de todo don, de toda virtud, de toda fecundidad; distribuyendo de su plenitud omnipotente; concediendo, efecto de su bondad infinita, á las cosas informes y estériles, las calidades propias de producir los efectos que Dios queria producir por ellas, sin comunicarles nada de su propia sustancia; del mismo modo que un sol invisible que todo lo calienta y alumbrá, es alma de todo lo que anima, la vida de todo lo que vive, sin comunicarle nada de sí mismo, sin perder de sí mismo, sin dividirse, sin agotarse (1).

14. Pero no es menos filosófico el conjunto de tan admirable historia. Seguramente hubiera podido Dios criar en un solo instante todos los seres con todas sus calidades, todo el universo con toda su perfeccion; y consta que tal es el dictámen emitido por San Agutin, que opina que los seis dias de la creacion indican tan solo el órden en el cual reveló Dios á los ángeles, y mas adelante á Moisés, en seis manifestaciones diferentes, las diferentes partes de una obra que habia cumplido en un instante; opinion que por otra parte, la Iglesia no condena, como tampoco la que admite que los seis dias de la creacion fueron grandes épocas cuya duracion es imposible asignar. Pero sea como fuere de ambas estas opiniones, ello es cierto que si la creacion nos hubiese sido presentada como cumplida en un solo instante, hubieramos conocido de un modo oscuro é implicito esta gran verdad: que Dios ha dado, de un modo directo, á todos los entes, no solamente el ser, sino tambien sus formas, sus fuerzas, sus virtudes, sus propiedades; verdad tan importante como la creacion de la nada, que, sin nube, en todo el brillo de su esplendor y en toda la extension de su fecundidad, nos manifiesta el órden en el cual nos traza Moisés la historia de este inmenso hecho de Dios.

En efecto, al saber que la tierra de la primera creacion, sumida bajo las aguas, no era mas que un abismo tenebroso y estéril, y que solo, en el tercer dia, cuando despues de

(1) « Non quod ipse sit substantialis anima singulis manans; sed distributor magnificus, de sua plenitudine, proprias efficientias singulis dividit et largitur: quasi sol omnia calefacians, omnium viventium anima. »

haberla librado del estorbo de las aguas, le comunicó Dios la virtud vegetativa y apareció alfombrada de árboles y plantas, antes que el sol, — el cual aun no existia, — la hubiese calentado con sus rayos; concebimos, dice San Ambrosio, que la tierra hubiera podido permanecer para siempre en este estado primitivo, como en él permaneció hasta el tercer dia; que su fecundidad no era la obra del sol, y que, solo al Espíritu de Dios, á la palabra divina, debió la tierra su forma, su energia, la belleza de su gala, y la variedad de sus producciones (1).

Al saber por Moisés que, por la creacion de la luz y la separacion de las tinieblas, en el primer dia, fulguraron los cielos de luz, antes de la creacion del sol y de las estrellas, formacion que no tuvo lugar hasta el cuarto dia; y que durante estos cuatro dias, el mundo, si bien sin sol y sin luna, no dejó de tener sus dias y sus noches: *Et factum est vespere et mane dies unus*; nos consta, dice San Basilio, del modo mas claro y preciso, que el sol no es el autor ni el padre de la luz, ni el principio de la vegetacion y la vida; que las funciones que actualmente ejerce en la naturaleza no le pertenecen en propio, habiendo ya sido ejercidas *sin él* y *antes de él*, y que no hay idea mas estúpida que el considerarlo Dios ó parte de Dios (2).

Por último, por esta inversion que nos señala Moisés, de los efectos que tuvieron lugar antes é independientemente de sus causas naturales, por la órden sola de Dios, nos consta de un modo sensible que la luz no pertenece esencialmente á los cuerpos luminosos, ni el movimiento á los cuerpos móviles, así como tampoco la fecundidad pertenece esencialmente á la tierra; é igualmente que Dios hubiera podido, inmediatamente y por sí mismo, iluminar nuestro planeta, como, sin él sol, lo iluminó durante cuatro dias; que Dios hubiera podido asimismo, sin los cuerpos motores, mover siempre los cuerpos, como sin los cuerpos motores, separó las aguas y puso en mo-

(1) « Ostendere voluit Deus, quia nec mundus ipse haberet gratiam, nisi eum vario cultu Operator ornasset. »

(2) « Ideo telluris ornatus, sole est antiquior, ut ii qui errore decepti sunt, solem tanquam rerum, ad vitam pertinentium, auctorem desinant adorare... Ne solem lucis auctorem et patrem appellarent. » (Hom. V et VI.)